

PRACTICA PSICOANALÍTICA Y SUFRIMIENTO SOCIAL. INTERVENCIÓN INSTITUCIONAL ANTE LA CATASTROFE EN LA CIUDAD CORDOBESA DE RÍO TERCERO, ARGENTINA

María del Carmen Beltrán* y Alejandra Bó de Besozzi**

Resumen

Nuestro contexto actual nos enfrenta con diversas modalidades de sufrimiento subjetivo tanto singular como colectivo que requieren ser procesados. A partir de nuestra experiencia clínico-institucional en catástrofes colectivas, nos referimos a los alcances de la teoría y la práctica psicoanalítica para elaborar las manifestaciones de nuestro sufrimiento contemporáneo. En este caso, analizamos los diversos nódulos dilemáticos como puntos de tensión epistemológicos y metodológicos que presentó nuestra intervención como psicoanalistas en la catástrofe política de Río Tercero (lógicas heterogéneas en coexistencia, condiciones del dispositivo grupal, contexto socio-histórico de Río Tercero y características de la catástrofe política). Señalamos algunos de los efectos indeseados que presentó la intervención, producidos en gran parte por la complejidad del entrecruzamiento que existe entre el dispositivo clínico y las cuestiones de la catástrofe política. Incluimos algunas conclusiones respecto de las vicisitudes y obstáculos que se presentan para sostener una función ética pertinente al pensamiento psicoanalítico.

Palabras clave

Catástrofe política / sufrimiento social / dispositivo grupal / dispositivo clínico en catástrofes políticas

Summary

Our clinical-institutional experience in massive catastrophes has shown us the extensive range of theory and practice psychoanalytical to elaborate the actual manifestations of different types of contemporary subjective suffering. In this paper we analyze the diverse dilematic nodules both epistemologic and methodologic tension crucial points that the intervention in Río Tercero political catastrophe present (heterogeneity in coexisting logic, certain conditions of group device, socio-historical context of the city of Río Tercero, and the characteristics of the political catastrophe). We point out some of the undue effects of the intervention, mostly produced by the

* Asociación Psicoanalítica Argentina. E-mail: macabeltran@hotmail.com

** Asociación de Psicología y Psicoterapia de Grupos. E-mail: arconsul@arnet.com.ar

complex confluence between the clinical device and certain conditions of the political catastrophic context. We propose some conclusions respect the vicissitudes and obstacles in support an ethical position pertinent to psychoanalytical way of thinking.

Key word

Politic catastrophe / social sufferance / grupal disposition / clinical disposition in politic catastrophes

Psicoanálisis y sufrimiento contemporáneo

Este milenio nos ha impuesto una serie de cambios sociales que nos atraviesan y producen en nuevos tipos de sufrimiento subjetivo, tanto singular como colectivo, que nos convocan como psicoanalistas a reflexionar críticamente sobre nuestros instrumentos. No podemos obviar los efectos intrapsíquicos, intersubjetivos y transgeneracionales que en nuestro país, desde la dictadura militar hasta la actualidad, continúan produciéndose. En nuestro actual momento histórico, con la instalación progresiva de la globalización y la hegemonía de una salvaje economía neoliberal de mercado, nuestra sociedad, severamente fragmentada, profundiza vivencias de desamparo y se enfrenta con la violencia del hambre, la miseria, la exclusión social, las migraciones forzadas, dentro de un marco crónico de corrupción e impunidad.

A partir de nuestra experiencia compartida en catástrofes colectivas, venimos trabajando sobre los aportes y alcances de la práctica psicoanalítica para abordar las actuales manifestaciones del sufrimiento social, construyendo y sosteniendo creativamente las estrategias subjetivas necesarias para enfrentar los fenómenos de fragmentación y destitución subjetiva de nuestro contexto socio histórico. Los nuevos modos del sufrimiento se presentan con manifestaciones del orden de la desorientación, perplejidad, la desolación y la devastación anímica así como aquellas que pueden englobarse dentro del territorio de las neurosis tóxicas y traumáticas singulares y colectivas (Maldavsky, 1991) En trabajos anteriores proponíamos diversas formas de procesamiento subjetivo del malestar social, a partir de una perspectiva clínica que abarca desde aquellas alteraciones transitorias que pueden ser elaboradas y metabolizadas con los recursos personales, vinculares y contextuales disponibles, hasta las alteraciones de tipo permanente, que dejan secuelas traumáticas y/o caracterológicas difíciles de abordar y de tramitar. (Beltrán, Besozzi, 1996)

En el caso que nos ocupa, la intervención ante la catástrofe en Río Tercero, resultó para nosotras, en el nivel personal y profesional, una experiencia de profundo alcance. El reconocimiento de nuestro propio sufrimiento, vivenciado en el campo de la intervención, así como el encuentro con las manifestaciones postraumáticas grupales y comunitarias de la población, nos impuso una exigencia de trabajo para nuestras teorías y nuestros encuadres. Esta catástrofe, a la que nos hemos referido como “ca-

tástrofe política” (Beltrán, Besozzi, 2001), a sabiendas de la ambigüedad semántica de esta denominación, puso en primer plano el valor de las formaciones sociales en la producción de los desenlaces psíquicos, y la necesidad, para este tipo de intervenciones, de buscar puntos de articulación entre las hipótesis teórico-clínicas del psicoanálisis y los problemas y los enfoques derivados de las prácticas psicosociales.

Las diversas intervenciones que hemos realizado en estos últimos años en el campo social (la asistencia a equipos de salud en situaciones críticas, la asistencia a afectados por el atentado contra la AMIA, y esta experiencia de trabajo en Río Tercero), nos han obligado a hacer nuevas revisiones de nuestros dispositivos y han desarrollado nuestra creatividad en búsqueda de nuevas opciones.

Consideramos que el procesamiento subjetivo de las diferencias entre la pertinencia de las herramientas teórico-clínicas y su campo de aplicación será tarea constante para el proceder crítico que asegura la posición ética para la práctica analítica, cualquiera sea la naturaleza del campo de aplicación. Las modalidades de relación con lo diferente, el encuentro con la heterogeneidad, pueden oscilar desde el aniquilamiento y la devastación de las diferencias, hasta la posibilidad de complejizaciones crecientes como resultado de transformar lo ajeno y diferente en afín. (Maldavsky, D 1997).

Hemos transitado dentro de los bordes posibles de una ética psicoanalítica, por diversos grados de malestar que fue necesario ir elaborando. Complejizando las teorías y co-construyendo los instrumentos con los que desarrollamos nuestra práctica, fuimos enfrentando los nudos problemáticos y los puntos de tensión tanto epistemológicos como metodológicos.

Posición del analista en catástrofes sociales: la complejidad de las teorías y su articulación con la práctica

Habiendo partido desde una operatoria clínica como intento de intervenir en esta catástrofe social, compartimos con Fernando Ulloa, la idea sobre la práctica analítica en el campo social, manteniendo con tenacidad una posición tanto ética, como metodológica (Ulloa, 1997), basada en el ejercicio de la pertinencia, donde la neutralidad, la asociación libre y la atención flotante necesaria para un trabajo en transferencia, son la más de las veces imposibles. Pero la disciplina del ejercicio de esa metodología asegura una posición ética de restricción de posibles abusos de poder desde el lugar del operador. Esta metodología permite delimitar para cada caso singular los bordes entre lo permitido y lo prohibido, lo posible y lo imposible, lo cual deja, como plantea Janine Puget (2001), una franja libre para un “puede ser” de acuerdo a cada circunstancia. Nuestro basamento ético se funda en el respeto por la condición subjetiva, la que se constituye en relación con otro semejante pero diferente, atravesado por el inconsciente y los vínculos en un contexto socio-histórico dado.

A lo largo de más de un siglo, todo el desarrollo teórico psicoanalítico siempre ha surgido de la resolución de los puntos de tensión y obstáculos provenientes de los diversos campos de observación: la tarea clínica, el juego infantil, los sueños, exposiciones de la vida cotidiana, diversas manifestaciones culturales, etc. Cuando se trata, como en el caso que nos ocupa, de un campo de intervención fuera de las condiciones habituales de la práctica psicoanalítica en la intimidad del consultorio, en situaciones que dejan poco espacio para la introspección, la espera y la autorreflexión, atravesado a su vez por la ajenidad y la diversidad de coordenadas político institucionales, ocurren puntos de tensión teórico-metodológicos que producen un grado de malestar o sufrimiento que se impone tramitar (Beltrán, M 2001). La asistencia en catástrofes sociales demanda de un marco epistemológico lo suficientemente abarcativo, que permita leer mejor los fenómenos que se manifiestan en lo singular y lo colectivo, así como diseñar dispositivos adecuados para poder delimitar adecuadamente la pertinencia de las intervenciones. Desde el comienzo de nuestra tarea, nuestra formación psicoanalítica, que ha seguido también el recorrido de otros autores con experiencia en la temática de las catástrofes sociales, nos aportó instrumentos teórico-técnicos que resultaron de gran utilidad. La metapsicología de las neurosis tóxicas y traumáticas, así como el modelo de las series complementarias, como marco teórico, cobró plena vigencia para la comprensión de este territorio clínico. En cuanto a los efectos que un contexto catastrófico produce en lo singular y colectivo, el polo del vivenciar contingente de las series complementarias cobra vigencia. La contingencia alude tanto a la realidad de un contexto variable, cuanto a la eficacia de lo nuevo en lo anímico. Las condiciones en que se produce ese encuentro da cabida a particulares formas de procesamiento subjetivo, en un abanico que abarca posibilidades tanto elaborativas y de complejización que permiten asimilar lo diverso y transformarlo en afín, resistenciales, que dejan secuelas en lo singular y en lo transubjetivo. En este sentido, la noción de triple espacialidad psíquica, que incluye los niveles intrapsíquico, intersubjetivo y transubjetivo, ofrece una adecuada suplementación teórica para abarcar la multiplicidad de factores que convergen en las situaciones de catástrofe social. (Berenstein, I., Puget, J)

En el “a posteriori” de esta intervención, cobró importancia también la categoría de *intermediario* de (René Kaes, 1983), noción que otorga planos de articulación de los fenómenos heterogéneos que surgen en el nivel tanto teórico como de la práctica en especial cuando se trata de los encuadres pluripersonales bajo los efectos de una catástrofe social. Esta categoría es fundamental por su pertinencia metodológica por un lado, en cuanto a su función de articulación de conjuntos (en el caso que nos ocupa, la heterogeneidad de niveles lógicos en coexistencia) y por otro lado en cuanto al abordaje de los efectos de ruptura y desapuntamiento que la catástrofe produce.

Crónica de lo sucedido en Río Tercero

Retomamos la reseña que hiciera el diario local de “la mayor tragedia de la historia” de Río Tercero.

“El viernes 3 de noviembre de 1995 -hace hoy exactamente 6 años- fue el día más trágico de la historia de la ciudad. Miles de proyectiles acopiados en precarios depósitos dentro de la planta, estallaron y llenaron de pánico a los vecinos, en una apacible mañana de verano. Siete personas murieron y los heridos se contaron por centenares. Muchos pobladores tardaron en encontrarse con sus familias desconociendo si había algún familiar o allegado, muerto o herido. En las páginas de Tribuna, las fotos reflejaban la desolación y la destrucción de los barrios más cercanos al Polvorín militar, mientras comenzaban a desembarcar en la municipalidad políticos de todos los niveles, incluido el presidente Carlos Menem con gran parte de su gabinete. La ciudad se había paralizado. Miles de riotercenses permanecían evacuados en varias poblaciones de la zona, mientras el gobierno nacional rápidamente anunciaba el pago de las indemnizaciones por los daños sufridos. Y llegó el 24 de noviembre con su segunda explosión. Cuando todo parecía indicar que la calma había retornado, cientos de proyectiles que habían sido “amontonados” en la zona del polígono de tiro de la fábrica, producto de los rastrillajes en toda la ciudad, provocaron un gran estallido y nuevamente la desesperación se apoderó de la gente. Hubo una autoevacuación masiva. Tribuna resaltaba en tanto, los montos de las indemnizaciones que se comenzaron a pagar: 55mil pesos por fallecimiento, 35mil por lesiones gravísimas y entre 15mil y 50mil por daños en inmuebles. Luego llegaron las explicaciones oficiales. La investigación de la justicia que terminó con varios imputados, las entidades intermedias que se unieron en el reclamo, y la movilización de toda la comunidad que pedía por “Justicia y reparación”. Mientras la ciudad aún no lograba comenzar a recuperarse y los barrios cercanos a la fábrica seguían evacuados, en el consejo deliberante se discutía la suspensión del intendente Carlos Rojo por presuntas irregularidades en la administración comunal. El oficialismo finalmente decidió que Rojo podía continuar en su cargo. Años más tarde (1997) las sospechas sobre el hecho intencional se hicieron más fuertes. Y la justicia comenzó a relacionar la trágica deflagración con la venta ilegal de armas a Croacia y Ecuador. Hasta hoy se sospecha que la voladura de la planta militar fue provocada por ‘borrar’ las pruebas de las maniobras ilegales” Diario Tribuna, Río III, sábado 3 de noviembre de 2001

El contexto de la intervención

En noviembre 1995 fuimos contratadas (como miembros del Programa de Salud Mental para Situaciones de Desastre del Hospital de Clínicas de Buenos Aires), por la Dirección de Emergencias y el Ministerio de Defensa de la Nación, para desarrollar un programa de capacitación de dos años de duración, destinado a los profesionales, que debían asistir a la población de Río Tercero, ciudad de la provincia de Córdoba, afectada psicológicamente en forma masiva por la explosión ocurrida dentro de la Fábrica Militar.

Realizamos un primer viaje de “urgencia” con el objetivo de hacer un diagnóstico de situación. A partir de enero del 96, realizamos viajes quincenales consecutivos du-

rante diez meses, con jornadas intensivas de trabajo y una metodología que incluyó seminarios teórico-clínicos, dispositivos grupales con diferentes objetivos (supervisión clínica, coordinación general de las tareas, grupos de reflexión), y el asesoramiento para la conformación del equipo cordobés, tarea esta que realizábamos en Río Tercero y desde Buenos Aires, por medio de comunicaciones semanales desde el Hospital de Clínicas.

El contexto de la intervención en Río III era sumamente complejo y heterogéneo a nuestra práctica habitual como psicoanalistas. Confluían el dispositivo institucional de un hospital universitario, con el de una organización municipal atravesada por el poder político, con intereses difícilmente conciliables con los objetivos asistenciales y de capacitación del Programa, que por momentos eran avasallados, lo cual obstaculizaba seriamente la coordinación general de la tarea asistencial, que se llevaba adelante en el Municipio de Río III.

Las condiciones del contrato contemplaban principalmente la propuesta de un Programa de capacitación de los recursos profesionales. Considerábamos prioritario diseñar dispositivos que funcionaran como marco de contención de los aspectos conflictivos institucionales que habitualmente se presentan en una comunidad masivamente afectada. Esto fue en la práctica muy dificultoso; los canales de comunicación no tuvieron las condiciones de fluidez y disponibilidad necesarias para mantener un espacio de intercambio y dar respuesta a las necesidades del equipo coordinador de Río Tercero, que no contaba con profesionales con suficiente experiencia clínica en la temática de catástrofes, pero además se encontraba bajo los efectos de la propia afectación postraumática. Al mismo tiempo, los lineamientos asistenciales que planteábamos se mezclaban con consignas de tipo político-institucional, por lo cual resultaba compleja y por momentos paradójica la articulación entre el dispositivo clínico asistencial y los avatares del poder político, que vulneraba las mínimas condiciones de encuadre necesarias que conlleva el desarrollo de un programa a distancia.

No fue sencillo construir una práctica que fuera lo suficientemente rigurosa en relación a nuestras áreas de incumbencia, pero al mismo tiempo flexible para adaptarse a los requerimientos de las organizaciones por las que habíamos sido convocados. Delineamos nuestra metodología desde una posición ética compartida y con la experiencia previa de trabajar en dupla. La riqueza y potencialidad creadora de dicho dispositivo, a partir de la interpretación de lo que iba aconteciendo en el campo de trabajo, nos permitió generar la práctica en situación. A partir de una actitud de reflexión crítica, analizando los sentidos más profundos de lo aparente, intentamos entre otras cosas detectar y evitar la emergencia de abusos de poder en las intervenciones, teniendo en cuenta que muchas veces esto sucede como resultado de los efectos de traumatización que pueden aparecer en los operadores en este tipo de intervenciones. Fue muy difícil compatibilizar la pertinencia del proceder psicoanalítico con las in-

tervenciones implementadas. Intentamos procesar la diversidad de lógicas presentes sosteniendo los lineamientos de nuestra práctica. Finalmente, esto nos llevó a la decisión de dar por suspendida la tarea en Córdoba, rescindiendo el contrato ante el Ministerio de Defensa debido a que consideramos que no estaban garantizadas las condiciones para sostener la práctica de acuerdo a nuestra posición ética.

Hoy pensamos que esta experiencia profesional, si bien no fue muy exitosa en cuanto a los resultados en ese momento, fue muy enriquecedora en cuanto a seguir investigando sobre las posibilidades del dispositivo psicoanalítico como práctica social y de la pertinencia de la epistemología psicoanalítica como fundamento de los hechos tanto clínicos como sociales.

Sobre la implementación de la intervención: algunos puntos dilemáticos .

1. Heterogeneidad de lógicas. Psicoanálisis, Hospital Universitario, Organizaciones políticas

Con respecto a la inserción de nuestro equipo fue un desafío, creativo y novedoso para nosotras, intentar hacer posible el proceder psicoanalítico dentro del equipo del Hospital de Clínicas. El equipo estaba conformado por profesionales de distintas disciplinas (médicos, psicólogos, una epidemióloga, una psicopedagoga), con distintas orientaciones teóricas (psiquiatras, psicoanalistas, sistémicos) y diferentes grados de pertenencia al servicio. Presentaba una co-coordinación conflictiva, ya que ambos coordinadores, el Jefe del Servicio y un médico psiquiatra de origen israelí recién llegado al país con experiencia en la temática, tenían posiciones estratégicas bastante diferentes. Nuestro aporte específico como psicoanalistas estaba orientado a la comprensión de las manifestaciones postraumáticas singulares y colectivas, así como al diseño de los dispositivos de intervención, intentando abordar y articular la heterogeneidad de las diversas lógicas coexistentes.

Debíamos responder a los ejes “Académico, Asistencial y Docente” de la Cátedra de Salud Mental, diseñando dispositivos para los tres niveles, con la pretensión de implementarlos en forma articulada. Esta pretensión, compleja en términos habituales, era absolutamente imposible de llevar adelante en el contexto de esta catástrofe política.

Con respecto al eje académico, se propuso un Programa a distancia, de dos años de duración, de Asistencia en Salud Mental para situaciones de Trauma y Desastres, y la Cátedra, perteneciente a la UBA, iba a otorgar certificados de especialización en la temática. Esta intención de “*capacitación academicista*” nos ubicaba en una situación paradójica con nuestro posicionamiento clínico, ya que pensábamos que el despliegue del dispositivo de capacitación era insuficiente para abordar la afectación de los profesionales que llevaban adelante la tarea asistencial. Para dar al dispositivo docente alguna mínima posibilidad de trabajo elaborativo, tomábamos los emergentes

de afectación postraumática que todo el tiempo surgían en la tarea. Propusimos así la implementación de dispositivos grupales de reflexión sobre la tarea, como forma de “capacitación” más pertinente para tramitar la sobredemanda asistencial.

En cuanto a los contenidos teóricos del programa, el equipo de salud mental seguía los lineamientos propuestos por el DSMIV (Manual Diagnóstico Psicopatológico de tipo estadístico) y las psicoterapias breves de objetivos y tiempos limitados, como método terapéutico. Propusimos utilizar la categoría de *Desorden Postraumático* (Beltrán, Besozzi, 1997), en lugar de la categoría del DSMIV Trastorno por Estrés Postraumático, advertido sobre los riesgos de utilizar enunciados clasificatorios del orden de lo “cuantitativo” entender lo “cualitativo” de una subjetividad socialmente atravesada. Con ello tratamos de evitar el desarrollo de prácticas diagnósticas y terapéuticas iatrogénicas.

Advertimos también los riesgos de “psicopatologizar” o “medicalizar” (Beltrán, Besozzi, 1997), trastornos transitorios del orden de la reorganización psíquica. En lugar de la noción de víctima, propusimos la noción de afectación, y establecemos una conceptualización psicodinámica de esta categoría propuesta. No acordábamos con los objetivos asistenciales de “*reparación del daño acaecido*” y la idea implícita de “*restitutio ad integrum*”, sesgada por la noción de trauma físico, ligada a criterios médicos unicistas de salud-enfermedad. En lugar de ello, proponíamos trabajar con la idea de “*mitigación del sufrimiento y elaboración del trauma*”, como formas de incluir la idea de sufrimiento subjetivo por la implicancia de lo social.

En relación con las prácticas de investigación, se realizó un estudio epidemiológico para detectar niveles de afectación en la comunidad de Río Tercero. Nuestras preocupaciones estaban relacionadas con la idea de que su implementación presentaba riesgos de retraumatización en la población. El estudio se realizó de todas maneras, y nosotros aportamos al estudio epidemiológico, el análisis cualitativo. Parte de esta experiencia fue presentada en un trabajo anterior (Beltrán, Besozzi, 1998), en el que planteábamos el sesgo que presentó la investigación por la eficacia de la implicancia subjetiva de los operadores atravesados por la contratación por una organización política municipal.

Otra situación dilemática, en el sentido de los límites para sostener nuestra práctica analítica, era la imposibilidad de tener lugar para la diferencias personales dentro de nuestro grupo coordinador. Como planteábamos previamente, no solo proveníamos de otras prácticas, sino que teníamos historias diferentes de pertenencia al servicio y motivaciones diversas en cuanto a la intervención. Implementamos el dispositivo grupal de reflexión para nuestro equipo, pero no pudimos “articular las heterogeneidades” que, si bien eran del orden de “cuestiones teóricas”, “cuestiones de la práctica” o “de la tarea”, en realidad estaban atravesadas por los conflictos ya menciona-

dos que presentaba la conducción del equipo, y la potenciación de la instalación de un liderazgo de tipo carismático y mesiánico, favorecido por el atravesamiento político institucional del contexto de esta catástrofe (Beltrán, Besozzi, 2001).

2. El dispositivo grupal en situación de catástrofe política

En esta intervención, partimos de la idea de la pertinencia del dispositivo grupal para el diseño y monitoreo de la tarea institucional y a la vez como marco privilegiado y paradigmático para enfrentar la fuerza traumática que suponía la ruptura del apuntalamiento del tejido social, producidas por la catástrofe. A partir de la noción de función transicional que supone un encuadre, un continente y la virtualidad de un espacio potencial Kaes (Kaes, R,1979), pensábamos que era posible recuperar de esta manera las condiciones de un pensar reflexivo para poder elaborar las pérdidas y rupturas sufridas, en los planos singular y colectivo. Considerábamos que la posibilidad de crear y sostener un encuadre como condición mínima era necesario para tolerar y sostener esa “demora en la acción”, necesaria para el trabajo psíquico elaborativo.

Las urgencias que se presentaban cuando estábamos en Río Tercero, hacían difícil el sentido que plantea Ulloa (Ulloa, 1997) de “estar” sin renunciar a nuestra función ética como analistas y a la vez de intentar evaluar la pertinencia de las demandas institucionales que se iban despertando, las cuales eran imposibles de abordar en su totalidad.

Los terapeutas de Río Tercero ejercían su práctica en un contexto crítico (Maldavsky, D, 1991), tanto por las características de la clínica del trauma social como por su propia implicancia. Algunos de ellos hasta habían sufrido pérdidas de forma directa, presentaban reacciones prototípicas de la afectación postraumática, como alteraciones en la memoria, en la sensopercepción y en el juicio de la realidad: “*no me acordaba la forma en que llegué a mi casa*”, “*no me daba cuenta del peligro y deambulaba por la calle sin buscar protección*”, “*hacia todo automáticamente, sin pensarlo*”. La tarea asistencial los enfrentaba con su propio sufrimiento “*me resulta difícil escuchar lo que los pacientes me dicen, tienen los mismos temores que yo... como ayudarlos, también necesito que me ayuden.*” Los terapeutas se quejaban por la sobredemanda asistencial pero no podían “*parar de trabajar. No sé qué va a pasar con nosotros cuando paremos*”, como efecto de la potenciación omnipotente, de los ideales de “curar” y “salvar”. Planteaban la necesidad de “*estar juntos, sentirnos cerca, charlar, estamos sobrecargados*”, manifestaciones que ponían en evidencia por un lado la afectación producida en el plano vincular por la catástrofe, y por el otro la eficacia del encuentro con el otro como modo de mitigación del sufrimiento.

Propusimos un grupo de reflexión con el objetivo de favorecer la conformación y consolidación del grupo como equipo de trabajo, definiendo roles y funciones para



la organización de la tarea asistencial. Nuestra propuesta de “mantener la función encuadre” se veía todo el tiempo amenazada por las intrusiones permanentes de los funcionarios municipales. Hoy consideramos que era imposible pretender que pudiéramos conseguir estabilizar las “normativas del encuadre” dentro del contexto político institucional que en su lógica transgredía cualquier norma permanente, cualquier regla establecida. Por otro lado, nuestra propia implicancia en ese contexto de trabajo nos llevaba a desplegar una tarea agotadora en Río Tercero como forma reparatoria ante nuestra percepción del sufrimiento social.

Además, el desvalimiento psíquico individual y comunitario producido por el contexto catastrófico reforzaba relaciones de poder unidireccionales y potenciaba la búsqueda de depositarios de las necesidades de contención y liderazgos (Maldavsky, D.1991). Era nuestro equipo el que debía cumplir esa función depositaria, sobreinvertida por la necesidad de los afectados de ligarse a algún encuadre o soporte. Nuestra propia afectación y nuestras vivencias de desvalimiento activaron mecanismos que favorecieron nuestra “omnipotencia salvadora” (Amati Sas, S,1996). Corríamos el riesgo de ubicarnos en el lugar de “salvadores mesiánicos”, paradójicamente coincidente con el que adoptaban los operadores políticos.

Nos encontrábamos todo el tiempo en situaciones paradójales, es decir en situación de encrucijada entre los lineamientos de nuestra práctica y los requerimientos políticos institucionales de la situación. Intentábamos no tener interferencias con los funcionarios, forzando por momentos nuestra función como técnicos en oposición a la dimensión política de la situación. Nos resultaba difícil incluir y trabajar los emergentes que aparecían ligados al atravesamiento de la catástrofe política. De esta forma, se reproducían en los dispositivos de trabajo algunas cuestiones desmentidas en la comunidad, sobre todo la sospecha que apareció de forma más evidente en los adolescentes de la comunidad, quienes en los grupos manifestaban su repudio a los funcionarios a quienes consideraban responsables de la catástrofe acaecida.

En ese entonces pensábamos que era un recurso metodológico abstenernos de las cuestiones emergentes del plano del contexto socio-político, a los fines de mantener una disociación operativa, y centrarnos en los emergentes más ligados a la afectación postraumática por lo agudo de la catástrofe. Hoy pensamos que en realidad este recurso fue defensivo, debido a que en cierto sentido también nos implicaba subjetivamente el atravesamiento de la eficacia de ese contexto de silenciamiento respecto del origen de la catástrofe sufrida.

El contexto socio-histórico en una comunidad cordobesa de nuestro país

Nos resultó pertinente rever las condiciones histórico-fundacionales de esta comunidad cordobesa para poder comprender tanto las manifestaciones postraumáticas co-

mo aquellas de sometimiento y silenciamiento, que aparecían durante los diez meses que viajamos a Córdoba. La modalidad de sufrimiento subjetivo colectivo que observamos coincidía con los dos sentidos que figuran en el diccionario acerca del sufrir: tanto respecto del padecer lo no deseado (devastación y muerte por la irrupción de la catástrofe) cuanto la conformidad y tolerancia en ese padecer (posición pasiva de “víctimas” que obtienen reparación del daño)

El origen de Río Tercero fue migratorio. Comenzó alrededor del 1900, con asentamientos de italianos agricultores procedentes del norte de Italia. Emigrados por el hambre y la pobreza, venían en búsqueda de nuevos horizontes, para “generar riquezas” trabajando la tierra, con el fin de echar raíces sobre un nuevo suelo. A comienzos de la década del 40, se radicó la Fábrica Militar -complejo mecánico-químico- que llegó a funcionar con un plantel de 1700 personas y cambió la fisonomía del pequeño caserío de 2000 habitantes. A partir de entonces, se instalaron en Río Tercero fábricas como: Atanor, Petroquímica y otras relacionadas a la actividad química y sus insumos. El crecimiento de la ciudad se dio a un ritmo más acelerado que las otras localidades de la zona. Se decantó así una segunda corriente migratoria relacionada con el apogeo industrial de la localidad y la instalación de centrales (hidroeléctricas y nuclear) que absorbieron mano de obra calificada (operarios, técnicos y profesionales) de las ciudades más importantes del país (M.C. Torres y Maria Cristina Geretto, 1998). En poco tiempo se convirtió en una ciudad pujante, producto de la actividad agrícola de la zona, con un importante desarrollo industrial y comercial. Se crearon escuelas, clubes, centros recreativos, surgieron distintos movimientos culturales que fueron otorgándole características propias al lugar y a sus pobladores. El crecimiento demográfico implicó un desarrollo urbano que se acercó peligrosamente a las fábricas en las que se manipulaban elementos altamente peligrosos, sin una reglamentación acorde. Las comunidades que conviven con situaciones de peligro instrumentan, de la misma forma que el psiquismo individual, mecanismos defensivos frente a las situaciones de amenaza. Se instaló de esta forma en la comunidad, concedora de los riesgos ambientales, un estado psicológico de amenaza “crónica”. (Actualmente la ciudad figura como una de las de mayor índice de contaminación ambiental en Latinoamérica.)

Las dos corrientes migratorias mencionadas compartían las “*ansias de progreso económico*”, pero se diferenciaban en cuanto a su procedencia. Aquélla fundación emigrada de Europa constituyó familias y grupos cerrados de tipo endogámico, con lo cual fijó traumáticamente sus secuelas de transculturación y reforzó los componentes de pertenencia referenciales (Puget, J. 1999) propios de los ideales culturales italianos. El segundo movimiento migratorio reforzó defensivamente los componentes de territorialidad en la inscripción de la pertenencia al conjunto, pues el movimiento de desplazamiento fue dentro del país, en pos del progreso laboral. Este segundo movimiento conformó grupos en los barrios o zonas que les otorgaban las fábricas y pri-

vilegió el criterio laboral como sostén narcisista e identificadorio. Los intercambios entre ambas corrientes migratorias seguramente se obstaculizaron por el predominio de lógicas sociales diferentes (idealización melancólica del lugar perdido en el primer grupo migratorio, idealización narcisista de la ambición económica, en el segundo). No obstante, como colectivo compartían los ideales de progreso y superación. La meta de los nuevos pobladores era generar riqueza, y no parar nunca sin reparar en situaciones de peligro (Cristina Geretto y Cristina Torres, 1997). El avance de una lógica de consumo, que propende al éxito por la acumulación de riquezas, no se sujeta a ninguna ética colectiva. Los asentamientos industriales y petroquímicos, así como la Fábrica Militar, representan para los miembros de la comunidad de Río Tercero, al mismo tiempo que sostén como fuente de trabajo de la pertenencia social, y camino al éxito económico y al ascenso social, paradójicamente una amenaza a la supervivencia por accidentes tecnológicos.

En relación a la catástrofe sufrida planteaban Geretto y Torres en 1998 que la ciudad dejaba translucir las metas de sus ancestros, y agregaban que el brillo y esplendor se había opado cuando la destrucción por el evento de la catástrofe fue avanzando sobre lo ya construido. Kaes señala que la experiencia catastrófica disyunta, separa o disuelve los espacios de articulación de la subjetividad y hace evidentes sus componentes y su dinámica (Kaes, 1998). Por el contrario, las situaciones de amenaza social crónica instalan confusión en los límites entre mundo externo y mundo interno, lo que proviene del interior de la mente se extiende con una cierta continuidad con el medio ambiente, por lo cual este no es adecuadamente percibido, ya que es necesario reforzar los clivajes entre los diversos espacios mentales. El derrumbe conjugado de la trama de estos límites sostenidos entre sí resulta traumatizante y provoca una profunda incertidumbre. Las señales de alarma en la población y de apronte ante el peligro fueron perdiendo eficacia, surgieron estados de angustia masiva en la población a los lazos sociales se volvieron precarios y vulnerables. Esto se nos hizo muy evidente en el primer viaje, en el que además vivenciamos el profundo impacto de la segunda explosión (sentimos un gran estallido estando en la vivienda de la funcionaria de Salud y vimos cómo la desesperación se apoderó de la gente al tiempo que se producía una autoevacuación masiva y caótica).

En ocasión del segundo viaje, dos meses más tarde, observamos una gran cantidad de autos nuevos y gran movimiento en la ciudad. Resultaba que ya se habían comenzado a pagar importantes montos de indemnizaciones (por fallecimiento, por lesiones y por daños en inmuebles). Con el transcurrir de los meses, las concesionarias aumentaron sus ventas y las agencias de turismo los viajes al extranjero, mientras gran cantidad de evacuados permanecían en la Central de Embalse Río Tercero y en poblaciones vecinas. Se hizo evidente el surgimiento del oportunismo de estudios de abogados que vivían del negocio de las indemnizaciones, así como el de algunos indemnizados que ponían nuevos negocios con aparente desinterés por los avatares de



la traumatización comunitaria. También observamos que algunas personas se comportaban en forma dócil e indefensa, manifestaban signos de dependencia y parálisis, mientras que otros expresaban quejas, protestas sociales y buscaban responsables a cualquier costo.

En cuanto a nuestra reflexión sobre estas conductas colectivas, pensamos que la característica acumulativa de situaciones sociales traumatogénicas cristalizó esta heterogeneidad de reacciones comunitarias y acrecentó la descomplejización del funcionamiento social. Por nuestra parte, el hecho de ser testigo de los fenómenos comunitarios descritos desde el lugar de la propia implicancia por haberlos vivenciado en forma directa, y no desde el lugar de un espectador que no se ve comprometido, fue transformando nuestra propia posición subjetiva. Desde el '96 a esta parte continuamos intentando determinar el sentido de los mismos, y advertimos en la actualidad la hegemonía de una lógica social que en ese momento producía nuestra perplejidad.

Sobre la eficacia de un contexto social catastrófico

La amenaza de un nuevo desarraigo para unos, de precarización laboral o exclusión social para otros, constituían a nuestro entender el terreno predispuesto concomitante a la amenaza ambiental crónica, a la que se sumaban las maniobras del gobierno dentro de la Fábrica Militar. Este establecimiento fabril, al ser el más antiguo de la ciudad, portaba todos los significantes colectivos a los que nos hemos referido, y en especial en este sentido pensamos que la amenaza de exclusión de la pertenencia social reforzaba y cronificaba la desestimación del peligro de muerte por riesgo ambiental.

En este sentido, planteábamos al comenzar posibles condiciones de habitualidad catastrófica (Besozzi, 2002) donde a la eficacia de lo traumatogénico acumulativo se le sumó la destitución de las funciones del Estado como protector y asegurador de la pertenencia social con lo cual se produjo lo que denominamos la fragmentación de la organización social. La posición pasiva y la falta de reclamo social de los afectados por el esclarecimiento de estos hechos, el aferrarse a las posesiones materiales, pueden pensarse como el fracaso de los movimientos comunitarios grupales en su preservación de los ideales y tradiciones comunitarios. Estas manifestaciones del proceder social son el resultado perverso producido por la misma impunidad, así como efecto del desfondamiento y la caída de las instituciones nacionales, ante las que cualquier demanda o pedido de sanción resulta inconsistente. La apelación a un Estado caído y una legalidad destituida no logra producir un juicio que “castigue a los culpables”.

La explosión de la Fábrica Militar convirtió a la misma en fuente de desempleo y profundizó la amenaza de desarraigo. Paradojalmente, la situación misma del evento, en tanto hecho que produjo afectados en masa, generó distintas posibilidades de

empleos temporarios (como los profesionales contratados para la asistencia a la población) y el dinero recibido por las indemnizaciones generó una serie de operaciones económicas (gran aumento en la venta de autos, apertura de nuevos negocios, aumento de la consulta médica y psicológica privada) para los habitantes del lugar, durante el período de recuperación posterior.

Se hace evidente entonces que en tiempos contemporáneos las variables del mercado sobredeterminan cada vez más las posibilidades laborales. Por otra parte, la devastación en esta ciudad no solamente arrasó las viviendas y produjo heridos y muertos como consecuencia de las explosiones, sino que también afectó las raíces mismas de la *subjetividad*: el sentimiento básico de pertenencia a la comunidad. La pérdida de la fuente de trabajo, como amenaza de exclusión social por pauperización o por desarraigo, desapuntala las marcas subjetivas que hacen a la pertenencia a un conjunto. En este sentido, la situación de atolladero subjetivo planteada en Río Tercero era soportar la amenaza o el daño, a costa de no perder la pertenencia.

Sobre los efectos “indeseados” de esta intervención

A esta altura nos es difícil considerar que los diversos “emergentes” grupales observados hayan sido solamente manifestación de los intentos de procesamiento comunitario de los efectos postraumáticos de la explosión misma. El atravesamiento particular del poder político en relación a esta catástrofe social (el no esclarecimiento individual o compartido del origen y los motivos de la catástrofe, la sospecha que aparecía en la población de la connivencia y/o responsabilidad por la explosión del arsenal de las autoridades nacionales y de los integrantes de la Planta Militar, y por ende la posible responsabilidad de los daños humanos, morales y psíquicos causados) tuvo eficacia en los trastornos individuales y colectivos. La necesidad imperiosa de la reparación de los daños físicos y psicológicos sufridos reforzó una tendencia previamente enquistada en la comunidad a negar, desconocer, desmentir lo que resultare conflictivo, específicamente aquello que proviniera de la instancia política, encargada de la reparación y la asistencia del daño.

Estas dos situaciones (el objetivo político de la intervención y las peculiaridades del contexto cordobés), concomitantes pero heterogéneas en su especificidad, sesgaron el desarrollo de toda la intervención, donde se produjo un efecto paradójico de encubrimiento mutuo. En este sentido, hoy enfatizamos que las condiciones del contexto vincular transubjetivo, son definitorias en cuanto a la posibilidad de procesamiento subjetivo de las situaciones de catástrofe social.

Con respecto a nuestra propia implicancia en esta intervención, se entrecruzaron varias cuestiones. Por un lado, el interés científico de seguir trabajando en la temática de catástrofes, luego de la intensa experiencia en la asistencia de afectados por el atentado contra la AMIA. Por otro lado, la amenaza de discontinuidad del Programa

de Desastres, por la agudización de los conflictos fundacionales de nuestro equipo en el Hospital de Clínicas: las diferencias en la conducción del Programa que presentaba una doble jefatura, con posiciones estratégicas opuestas y la “extranjería” del equipo dentro del Departamento de Salud Mental. La intervención en Río Tercero, que además iba a ser una actividad rentada, resultó entonces la oportunidad para justificar la pertinencia de la tarea institucional. No pudimos anticiparnos al profundo malestar y a la multiplicidad de conflictos que se iban a producir dados los condicionamientos político-institucionales de este proyecto.

Hoy pensamos que las condiciones fundacionales del contrato en ese momento desestimadas y/o desmentidas (las características del poder político que sesgaron al Programa del Hospital) determinaron los avatares infructuosos y los retraumatizadores de esta intervención. Los dispositivos implementados por nosotros no tuvieron la suficiente capacidad transformadora que pretendíamos. La incidencia de las condiciones contractuales determinó que las intervenciones realizadas resultaran anuladas en sus objetivos clínicos de elaboración postraumática, y reforzaran los procesos de desmentida y desestimación de una comunidad en estado crónico de amenaza.

Resulta interesante considerar la conformidad de la comunidad y tolerancia en ese padecer, en tanto posición pasiva de “víctimas” que obtienen reparación del daño, en relación a la depositación del lugar de “victimarios”, que se terminó coagulando sobre el equipo de “capacitadores” de Buenos Aires, claramente manifestada en la evaluación (altamente insatisfactoria para ellos) de la tarea que hicimos con todos los profesionales en Río Tercero en ocasión de nuestro último viaje. Decían los colegas cordobeses: “...ustedes no nos aportaron técnicas para tramitar la crisis; les decíamos lo que necesitamos y no nos escuchaban”. Compartimos la idea que en toda situación traumática, aparece una doble vertiente, *elaborativa* y *resistencial* (Maldavsky, D. 1991) Los procesos comunitarios elaborativos propenden a la tramitación a través de la construcción de lazos solidarios e inscripción en la memoria colectiva. Lo resistencial perpetúa la proyección del lugar de la “víctima” en la persona del damnificado, y por ende, del “victimario” como verdugo del mismo.

Creemos que lo más enriquecedor para nosotros mismos fue el entrenamiento adquirido de enfrentarnos cada viaje, con lo inanticipable (fuera de todo cronograma pausado por nosotros y fuera de todo encuadre pertinente) y con la posibilidad de operar en estado de alteración de los dispositivos instituidos, construyendo micro situaciones (Grupo 12, 2001) para operar sobre los efectos producidos.

Algunas conclusiones

Pensamos a la “experiencia Río Tercero” como paradigmática del desfundamiento actual de una lógica social, regulada por el Estado nacional y sus instituciones y el actual predominio de una lógica de mercado como práctica dominante. Desde esta



perspectiva diríamos que “catástrofó” (Grupo 12, 2001), una modalidad de metarregulación social de las instituciones nacionales, que se vio alterada y reforzada -más bien cristalizó- efectos catastróficos postraumáticos en la subjetividad de los habitantes de Río Tercero.

Hoy podemos afirmar que los fenómenos colectivos que observamos y vivenciamos dentro de esa comunidad durante un año (95-96), desnudaron ante nuestra mirada perpleja (no contábamos con recursos de pensamiento suficientes para dar cuenta de los emergentes colectivos), en forma descarnada, la transformación de los lazos sociales, a la que estamos asistiendo en la actualidad. Las categorías psicoanalíticas para pensar e intervenir sobre las manifestaciones postraumáticas nos resultaron insuficientes, no solo por la *posición paradójal* que ocupábamos como operadores de la salud mental en ese peculiar campo de intervención, sino también por la dificultad en entender, en ese entonces, conductas colectivas (adaptación pasiva a los requerimientos de los funcionarios municipales, falta de fuerza en el reclamo y la protesta colectiva, consumo indiscriminado de bienes suntuarios a partir de las indemnizaciones, etc.) que excedían nuestra comprensión de los esperables efectos psicológicos del desorden postraumático colectivo.

Considerar los efectos catastróficos de la violencia perpetrada por el Estado, así como el impacto disruptivo del hecho traumático colectivo, en tanto suceso imprevisto y extraordinario que afecta a un gran número personas, era parte de las herramientas teórico-clínicas con las que contábamos luego de transitada la experiencia “AMIA”. Esas estrategias terminaron resultando insuficientes para poder tramitar y/o elaborar los efectos desubjetivantes que venía atravesando esta comunidad cordobesa, que hoy, lamentablemente, engloba a todos los habitantes de nuestro país y es parte de nuestra cotidianeidad.

Bibliografía

Amati Sas, S. (1996) “La modesta omnipotencia”, *Revista de Psicoanálisis*, 5.

Beltrán M. , Bó de Besozzi A.

(1995) “Especificidad de la asistencia en situaciones de desastre y catástrofe social”, Jornadas Anuales de la Asociación Psicoanalítica Argentina

(1996) “Catástrofes colectivas y efectos comunitarios”. Jornadas Anuales de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.

(1997) “Trastornos de identidad en situaciones de Catástrofe social”, *Actualidad Psicológica*, 250.

(1998) “Implicancia subjetiva en las metodologías de investigación en situaciones de catástrofes sociales”, Congreso de FLAPAG en Montevideo.

(2001) ”Procesamiento singular y colectivo de la impunidad social”, en Jornadas Anuales de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo.



(2002) "Aproximación psicoanalítica al Desorden Post Traumático", en *Intervenciones en situaciones críticas. Prácticas interdisciplinarias*, Editorial Catálogos, Buenos Aires.

(2002) "Especificidad de la Asistencia en situaciones de Catástrofe Social", en *Intervenciones en situaciones críticas. Prácticas interdisciplinarias*, Editorial Catálogos, Buenos Aires.

(2002) "Implicancia subjetiva en profesionales que asisten en situaciones de Catástrofe Social" en *Intervenciones en situaciones críticas. Prácticas interdisciplinarias*, Editorial Catálogos, Buenos Aires.

Beltrán, M. (1997) "Neurosis traumáticas. De los estados de dolor, a la subjetividad de la angustia", monografía presentada en la Asociación Psicoanalítica Argentina.

(1998) "Estados de angustia en profesionales que asisten pacientes afectados por HIV-Sida", *Un proyecto de vida*, 5, 1998

(1997) "Sida y equipos de salud. Psicoanálisis y Medicina. Aspectos éticos e interrogantes frente a la práctica", Simposium Fundación Huesped

(2001) "La práctica psicoanalítica en el contexto actual: situación crítica para el analista", *Actualidad Psicológica*, XXVI, 293

Bó de Besozzi, A.

(1997) "La ética psicoanalítica en un contexto político", presentado en la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.

(2000) "Investigación poblacional en Río Tercero", Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo.

(2002) *Del fragmento a la situación*. Ed Grupo doce. Buenos Aires, en co-autoría con: Lewkowicz I., Cantarelli, M.; Zelcer, Mirta.; Zadunaisky, A.; Ventrici, G.; Selener, G.; Rubiños Fejerman, P.; Onofrio, G.; Gremes, R.; Effron, M.; Brzustowski, M.

Berenstein, I. y Puget, J.

(1997) *Lo vincular. Clínica y Técnica psicoanalítica*, Ed. Paidós, Buenos Aires.

Geretto M. C., Torres M. C.

(1997) "Las vicisitudes de los vínculos en las explosiones en Río Tercero", Jornadas de FAPCV.

(1998) "Cuando la violencia irrumpe desde 'lo no dicho'", Jornadas de APCVC.

Kaës, R. (1979) *Crisis, ruptura y superación*. Editorial Cinco

(1983) "La categoría del intermediario y la articulación psicosocial", *La invención psicoanalítica del grupo*, publicación de la Asociación de Psicología y Psicoterapia de Grupo.

Kaes, R. y Puget, J



(1989) “Violencia social y psicoanálisis. De lo ajeno estructurante a lo ajeno ajenizante”, *Violencia de Estado y Psicoanálisis*. Editorial Bibliotecas Universitarias, Buenos Aires.

Maldavsky, D.

(1991) *Procesos y estructuras vinculares*, Nueva Visión, Buenos Aires.

(1992) *Teoría y clínica de los procesos tóxicos*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.

(1995) *Pesadillas en vigilia*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.

(1997) *Sobre las ciencias de la subjetividad*, Nueva Visión, Buenos Aires.

Puget, J. (1996) “Ética y Política. El racismo y sus manifestaciones”, *Actualidad Psicológica*, XXI, 248.

(1999) “Representaciones sociales. Consagración de marcas”, *Rev. de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo*. XXII, I, 145/159

(2001) “La violencia, un tema inagotable”, Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados.

Ulloa, F. (1997) “Psicoanálisis de la Externidad”, *Actualidad Psicológica*, XXII, 248

(1999) prólogo del libro *Crisis del sujeto contemporáneo*, Ferrara Francisco y otros

Ventrici, G. (1999) “La corrupción como parte de la cotidianidad”, *Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupos*, XXII, 1.

Primera versión: 30 de diciembre de 2002

Aprobado: 14 de abril de 2003